la poesia mancha

CRONOFOBIA

Amaia Serotonina

CRONOFOBIA

la poesía mancha

Primera edición: diciembre de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Amaia Serotonina
© Ilustraciones: Maider Ramos
© Foto de portada: Tania Cámara García

ISBN: 978-84-120869-6-6
ISBN digital: 978-84-120869-7-3

Editorial La poesía mancha
C/ Marcenado 14
28002 Madrid
produccion@lapoesiamancha.com
www.lapoesiamancha.com

Impreso en España

A quienes han conseguido con lágrimas, rabia y risas,
convencerme de que todo esto merecía la pena.
Sabéis quiénes sois.
Porque algún día, todo merecerá la alegría.

Y a esas tres personas que hoy ya no están aquí,
pero entre todos hacemos que siempre estén;
porque su huella va a estar siempre.

PRÓLOGO

Propongo a quien lee un breve experimento: no dejarse engañar por la aparente tristeza de los versos que siguen.

Un vistazo al índice arrojaría la misma impresión: títulos de poemas como *Fecha de caducidad*, *Sobremuriendo*, o *Polvo en el calendario* (escogidos al azar), nos llevarían quizás a creer que *Cronofobia* es una enciclopedia de nostalgias muy bien escritas.

Pero es más. Mucho más.

Amaia Serotonina se deconstruye a sí misma en cada poema, lo convierte en una radiografía sentimental, tanto de la propia experiencia como de la visión del mundo.

Pero a pesar de esa voluntad involuntaria de habitar la melancolía, debajo de cada reflexión pesarosa asoma, juguetona, la esperanza, la sospecha de que la próxima vez todo saldrá mejor y lo que es más importante, la certeza de aprender un poco más de sí misma y del mundo en cada caída.

O lo que es lo mismo, cambiar sin proclamarla, la vocación de derrumbe por posibilidad de despegue.

Probablemente se enfade un poco conmigo cuando lea estas palabras, pero ella se enfada como en los poemas,

más preocupada por no dañar a los demás que por cuidarse a sí misma de los daños colaterales.

Hay en este libro una decisión de no eludir el dolor, que sin embargo no supone escarbar en la herida constantemente.

Al contrario, cuando terminas de leer *Cronofobia*, comprendes la trampa del título del poemario.

Estos versos no odian el paso del tiempo del mismo modo que la autora no odia el amor.

Lo que estos poemas detestan es que el tiempo pase como si no importara, que las experiencias queden reducidas a meras letanías quejumbrosas.

Lo que este libro y autora le piden al tiempo, es que les enseñe a vivir mejor el tiempo que viene, y aunque detesto citarme a mí mismo en un verso que tampoco será muy original «a cometer errores nuevos».

Aunque está claro que el mayor error sería no leerlo.

CARLOS SALEM

PUNTO DE PARTIDA

Días que terminan siendo
mitad invierno,
mitad verano.
Épocas en que las nubes
se quedan atrapadas entre los tejados,
y el sol a duras penas consigue
colar un rayo entre tus persianas.

Hasta que termina el sueño,
que baila
inocente e incansable,
algún ritmo inconfundible con sabor a ti,
a nada.

Podría buscarte en cualquier parte.
Podría seguir tus pistas falsas
hacia ese lugar en el que te escondes
desde hace ya tiempo.
Podría enviarte señales de humo,
un mensaje en clave;
insultarte en código morse,
apropiarme de algún faro,

o de cualquier otra luz que nos recuerde a algo,
e iluminarte el camino hasta mi desvío.

Podría hacer cualquier cosa,
si realmente creyera
que quieres encontrarme.

ATAQUE DE CORAZÓN

Ahorcarme,
estrangularme,
envenenarme.

Emborracharme hasta morir,
ahogarme en vómitos.
Corromperme tragando una bala
(porque no hiere quien quiere,
sino quien sabe colarse dentro).

Abrazarme al fondo del acantilado.
pervertirme con suspiros,
contagiarme con lágrimas
de cualquier enfermedad por contacto.

Anestesiarme con narcóticos para sinvergüenzas.
Cavar una tumba en cualquier esquina del océano,
esperar sobre las vías la llegada del próximo tren.

Clavarme en el corazón las agujas del reloj.
Hundirme en un mar de dudas.
asfixiarme con un mechón de tu pelo.

Olvidarte,
dejar que me olvides.

Guardar con sangre tu nombre en mis venas,
sufrir,
agonizar,
ignorar el dolor de la carne.

Volver a buscarte,
sabiendo sin duda
que estarás ahí,
esperando para rematarme.

OCHO TIEMPOS, OCHO LÁGRIMAS

Cuando acaba la última escena
el único actor rompe a llorar
y nadie se sienta con él.

Nunca le vi olvidarse del último escalón,
nunca le vi subirse al escenario sin respeto.
Siempre lo hizo con ese silencio que hiela la sangre,
que hace temblar la piel.

Aún no me creo que nadie quisiera sentarse a su lado.

Quizá no supieran cómo acercarse
porque parece tan inalcanzable
que hasta cuando se derrumba
parece interpretar algún papel.

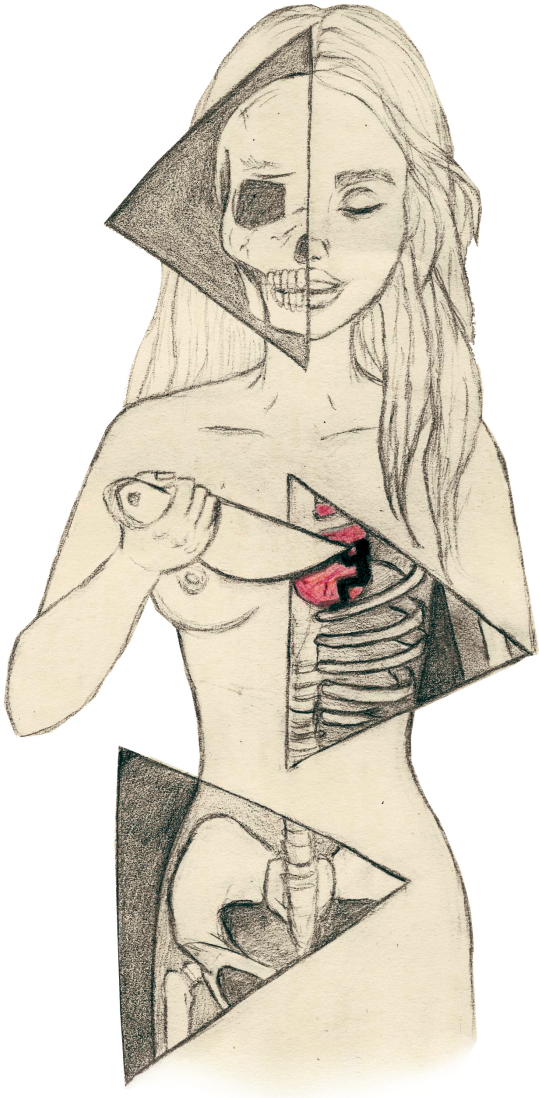
BRÚJULA

Tenemos la seguridad
de que si dejamos de medir las distancias
terminaremos encontrándonos
en puntos indiscutiblemente opuestos.

Es una pérdida de tiempo
tratar de descifrar las señales de humo equivocadas,
o intentar encontrar algo entre un par de líneas
que no podrían estar más juntas.
Voy dejando migas de pan en mi camino
para que no se pierda,
y él juega a fallar,
a tomar la dirección equivocada una y otra vez.
Por eso,
para que de vez en cuando reciba mi señal,
dejo por escrito cada latido
tal y como nació,
sin adulterar.

Me agarro a su ropa
para ver si con un poco de suerte

consigo empaparme en su olor.
Para ver si con más suerte,
consigo partirme de risa
de la misma forma que otros
aprendieron a partir un corazón.



ASUMO TU ABISMO

Y de repente,
lo entiendes.

¿Qué pretendo?
Si no soy más que una nota a pie de página
en algún capítulo de tu vida;
un tachón al margen de ti,
un paréntesis que se cierra justo antes de dejarte pasar.

A veces se me olvida
qué se siente al cerrar los ojos
y ver algo más que vacío.
¿Respirar sin temblar?
Y poder reír sin la sombra de la conciencia
arañándote las sienes,
las entrañas,
la garganta.

Siempre dicen que cada nuevo mes
podré empezar a subir las cuestas sin caerme,
rodando,
partiéndome hasta las ideas.

Pero yo dudo que alguien pueda escalar siquiera
la pendiente que se me pone delante.
Arrastrando cada silencio
que llevo colgado de mis palabras,
intentando gritar un poco más alto,
llenando el tiempo con nombres nuevos,
tapando mi presencia,
tu ausencia,
con verbos
y recitándolos,
para no tener que pensar en lo que rechazo sin querer
cada vez que te da por cruzar
el semáforo siempre en rojo de mi cabeza.

Lo más difícil son las noches.
El tiempo parece arrastrarte despacio,
más denso,
penetrante.
Y a veces llega el recuerdo
y se me congelan los pulmones.
Y es entonces cuando te desafío
tirando palabras por el suelo,
para asustarte y ver si te enteras
de que estoy cansada ya
de tropezar y caerme continuamente
por culpa de tus ojos,
de tu voz de desaparecido.